

Arribat emanaba de su persona una dignidad que imponía.

Don José Augusto Arribat

En 1879, en Trédou, Francia, nació el segundo de los siete hijos de la familia Arribat. Una familia campesina, pobre y profundamente cristiana, que bautizó a aquel niño con los nombres de José Augusto. Este niño llegaría a ser un espléndido sacerdote salesiano, el primer salesiano francés, cuyo proceso de santidad se ha iniciado.

La pobreza de la familia lo tuvo alejado de los estudios durante muchos años. Pero apenas su familia supera el nivel de la pobreza y él cumple dieciocho años, va a llamar a la casa salesiana de Marsella, y pide iniciar los estudios.

Atraído por la figura de Don Bosco, pide ser salesiano. Es aceptado entre los aspirantes como "vocación adulta", mientras se ocupa como animador en el centro juvenil de Toulon-Montéty.

Los partidos anticristianos que gobiernan Francia en los últimos años de 1800 y en los primeros 1900 tienen como mira la des-

cristianización de la sociedad francesa. En 1902 es jefe del gobierno el radical Combes, que con algunas leyes decreta la expulsión de religiosos, se adueña de sus casas y de sus escuelas. Dos años después declara propiedad estatal las iglesias, los seminarios, las casas de los sacerdotes.

Los salesianos expulsados atraviesan los Alpes y trasladan su floreciente noviciado cerca de Turín. Entre los novicios "expulsados" está Augusto Arribat. Profesará como salesiano a los veinticinco años.

Vuelto a Francia, Augusto comenzó su vida apostólica junto a otros salesianos en una situación de semiclandestinidad. No podían declararse religiosos ni vestir el hábito, y debían administrar las casas y las escuelas no como salesianos sino como unidos en libres asocia-

ciones. Así Augusto pudo estudiar para sacerdote y trabajar como salesiano en Marsella y en La Navarre. Fue ordenado sacerdote en 1912, a los treinta y tres años.

El 3 de agosto de 1914 Alemania declara la guerra a Francia y manda sus divisiones al ataque. El padre Augusto (treinta y cinco años) es llamado a las armas. Es enfermero y camillero en las trincheras y líneas de comunicación de la retaguardia, que serán llamados "un infierno". Cuando se hablaba de los tiempos de la guerra, tema que a él no le gustaba, el padre Arribat no quería que se bromease sobre el heroísmo y sobre los sacrificios de los soldados. Él había visto la muerte frente a las ametralladoras y en las trincheras invadidas de pul-

En 1931 (a los cincuenta y dos años) la obediencia lo llamó por primera vez al servicio de director. Fue destinado como tal a La Navarre.

Emanaba de su persona una dignidad, más aún, una nobleza que imponía. Rostro abierto y sonriente, este hijo de San Francisco de Sales y de Don Bosco no espantaba a ninguno. Mientras su delgadez y su ascetismo recordaban al Cura de Ars, su sonrisa y su amabilidad eran realmente las de un salesiano. Fue el hombre más espontáneo del mundo, ingenioso, inmediato en sus reacciones, joven de espíritu. Como confesor su línea habitual era la de excusar, compadecer, animar. Otra de sus características era el respeto casi ceremonioso que tenía hacia todos, sobre todo hacia los pequeños. Respetaba de tal manera al otro que lo obligaba a elevarse a la dignidad de hijo de Dios. Y esto sin ni siquiera hablar de religión. Saludaba al obrero comunista que vivía en su parroquia quitándose el sombrero cada vez que lo encontraba. Y el obrero terminó por dejarse vencer por tanta bondad.

De 1935 a 1941 la obediencia lo destinó a la obra salesiana de Millau. Aquí vio llegar sobre Francia nuevamente la guerra. El 3 de septiembre de 1939 Francia e Inglaterra declaran la guerra a la Alemania del dictador Hitler, que dos días antes había invadido Polonia. El padre Arribat tiene sesenta años. Parten para la guerra todos los hermanos jóvenes y válidos.

En el otoño de 1941 al padre Arribat lo destinan a dirigir la obra salesiana de Villemur-sur-Tarn, junto a Toulouse, donde permanecerá por seis años. Es este el período de su vida más lleno de peligros y de gracias.

Hitler ha extendido a Francia las leyes antijudías que ya desde años antes había dado inicio al holocausto del pueblo judío en Alemania. Sacerdotes, religiosos e instituciones religiosas, corriendo el riesgo de feroces represalias, esconden a muchos judíos y los salvan de la deportación a los campos de ex-

terminio. En la obra de Villemur, el padre Arribat esconde muchachos judíos, y cuando la división alemana de las SS ocupa la escuela salesiana, el padre Arribat debe usar toda su serenidad y cortesía para evitar una catástrofe.

La ausencia de los hermanos más válidos, llamados a las armas, se hace sentir. El padre Arribat, que en 1944 cumple sesenta y cinco años, trata de multiplicar su trabajo. La imagen que los testigos conservan de él es sobre todo la del siervo, en el sentido más humilde. Barrer el patio, limpiar los retretes, lavar los platos, cuidar y asistir a los enfermos, decorar la capilla, atar los zapatos de los niños son acciones de todos los días.

La paz volvió en la primavera de 1945. Durante algún tiempo hubo escasez de comida. Un testigo recuerda que, lo mismo que don Rúa, el padre Arribat recogía las cortezas de pan y las echaba


a su sopa. Casi continuamente sufría del estómago, y se curaba con una taza de agua caliente. Una úlcera, decía, no mata.

De 1947 a 1953 estuvo en la obra de Thonon, en el período en que comenzaban a escasear las vocaciones. Él, que se creía de alguna utilidad sólo para los pequeños, los enfermos, capaz únicamente de barrer los patios, ayudó a madurar vocaciones de religiosos, de sacerdotes, de seglares, cuyo número no se puede calcular.

En 1953 el padre Arribat cumplía setenta y cuatro años, y aceptó con alegría su destino a La Navarre, donde había trabajado tanto en sus años jóvenes. En él, los salesianos más jóvenes veían una piedad sencilla, tradicional, pero profundamente verdadera. Recuerda un salesiano: "Verle cómo trazaba sobre sí una gran señal de la cruz, con solemnidad, era para cada

uno una invitación a la presencia de Dios. Su recogimiento en el altar impresionaba". Otro, que observaba en los últimos años su esfuerzo al hacer la genuflexión delante del altar, escribió: "Él fortaleció mi fe".

El padre Arribat estuvo en La Navarre hasta 1963, año de su encuentro definitivo con Dios. En los últimos tiempos lo atormentaron achaques dolorosos que, sin embargo, no disminuyeron su bondad para con todos. Un antiguo alumno, luego salesiano, atestigua: "Quedé impresionado por el padre Arribat que vivió entre nosotros sus últimos días. Tuve el deseo de ser salesiano como él".

Dios le salió al encuentro el 19 de marzo de 1963. Tenía ochenta y cuatro años, y había enseñado a todos que "es tan sencillo amar". Un perro lobo, que solo él había logrado domesticar, fue a tumbarse junto a su ataúd. 

Santos Salesianos

Total de miembros de la FS ya glorificados o en camino de serlo: **141**

